

La Patagonia en la clasificación del hombre: el desencantamiento de los «patagones» y su aporte a la historia de la Antropología

Pedro NAVARRO FLORIA

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Argentina)
navarronicoletti@ciudad.com.ar

Recibido: 19 de enero de 2004
Aceptado: 30 de junio de 2004

RESUMEN

Las obras del naturalista francés Alcide d'Orbigny ocuparon un lugar central en la antropología del Cono Sur americano. Entre las décadas de 1820 y 1830, retomó las observaciones de la Ilustración y diseñó un cuadro etnográfico de larga influencia. El núcleo duro de su obra consiste en la caracterización de los «indios libres» —los no sometidos— y en la fundamentación de esa situación en caracteres supuestamente naturales. D'Orbigny fue ampliamente leído por los científicos, políticos y descriptores de la Argentina en formación, que se adherieron a la idea de unos pueblos indígenas inadaptables a las pautas de vida occidentales.

Palabras clave: D'Orbigny, antropología decimonónica, Patagonia.

Classifying mankind in Patagonia: the disenchantment about «Patagons» and its contribution to the history of Anthropology

ABSTRACT

The works of the French naturalist Alcide d'Orbigny occupied a central place in the anthropology of the South American Cone. Between the 1820s and 1830s, he took up again the remarks of the Enlightenment and designed an ethnographic picture of perdurable influence. The hard core of his works consists in the characterization of the «free Indians» —non-subjected Indians— and the grounding of this situation on supposedly natural characters. D'Orbigny was widely read by scientists, politicians and describers from an Argentina in a process of formation, who adhered to the idea of indigenous peoples as inadaptable to the Western way of life.

Key words: D'Orbigny, nineteenth-century anthropology, Patagonia.

SUMARIO: 1. Ver a los patagones (impresiones de un científico en la frontera). 2. Salvajes, bárbaros y civilizados en 1829. 3. Un panorama etnográfico cristalizado. 4. El aporte de *El hombre americano* a la antropología de la Patagonia: los indígenas *libres* del Cono Sur. 5. Una trayectoria intelectual: d'Orbigny y sus lectores. 6. Referencias bibliográficas.

En un artículo anterior acerca de las expediciones de la Ilustración española a la Patagonia (Navarro Floria 2003a), mostrábamos de qué modo se construyó, a fines del siglo XVIII, una imagen gradualista y evolucionista de las culturas indígenas de la región. Esa imagen, en lo inmediato, resultó políticamente útil para explicar la inhabitabilidad de la Patagonia para los «civilizados». En una perspectiva más

amplia, sustentó una mirada negativa sobre el confín sur de América que sobreviviría hasta fines del siglo XIX. En esa trayectoria que va desde los primeros conceptos antropológicos sobre el hombre americano hacia las políticas territoriales y de poblamiento, y tras esa primera instancia de la etnografía ilustrada, Alcide d'Orbigny, naturalista viajero del Museo de París, hizo un aporte decisivo a la Antropología de la primera mitad del XIX: el giro romántico con el que se inició la somatización de la diferencia y la construcción ideológica de un «carácter nacional» de los «pueblos libres», supuestamente «salvajes» e inadaptables a lo que se entendía por «civilización». Finalmente, la asignación de sentidos, en el marco del paradigma político-estatal (argentino) de la homogeneidad sociocultural y fenotípica, a esa diferencia crecientemente naturalizada, terminaría de excluir a los pueblos indígenas meridionales de los relatos fundacionales de la nacionalidad argentina (Navarro Floria 2003b).

Entre aquel primer relevamiento de los expedicionarios ilustrados y la sistematización de d'Orbigny, ambos representativos de una *ciencia metropolitana* distante y manipuladora, subordinada a la lógica —a los intereses y a las necesidades— del colonialismo, se había generado otra mirada, en la frontera, en el contacto intersecular, cotidiano e intenso con los pueblos indígenas del sur, en el Río de la Plata y en Chile. Esta *ciencia de frontera*, limitada en sus medios pero cercana a su objeto, ordenada más a los propósitos locales y regionales que a los del conjunto del sistema imperial, también se encuentra reflejada, de algún modo que ya veremos, en la escritura del naturalista francés (Navarro Floria 1998).

La presencia de Alcide d'Orbigny en Carmen de Patagones en 1829, efectivamente, parece cerrar el ciclo del redescubrimiento del hombre americano en el confín sur del continente en el contexto de la antropología incipiente, que sistematiza los conocimientos previos y produce el desencantamiento del indígena americano (Sebrelli 1991: 296 y ss.) y su inserción definitiva en el campo de los objetos de la ciencia moderna manipuladora y productora de valor. La caracterización del salvajismo y la barbarie adquiriría perfiles de verdad aceptada a lo largo del siglo XIX, en la medida en que los intereses dominantes reconocieran en las clasificaciones étnicas de Humboldt y de d'Orbigny —que responden al modelo de la ciencia metropolitana trazado por el proyecto del *Systema Naturae* linneano (1735) y por la experiencia de las expediciones científicas de la Ilustración— un instrumento legitimador de su política excluyente del indígena y de toda persona o grupo no adaptable a las nuevas pautas de producción capitalista.

El abordaje científico producido por d'Orbigny también puede entenderse como un paso más en el proceso de apropiación de espacios nuevos (Saguier 1991) iniciado con el redimensionamiento político del espacio colonial en el siglo XVIII. En ese marco, la apropiación científica adquirió cierta autonomía de movimientos respecto de los sistemas políticos, para seguir avanzando a manos de los científicos europeos de países aliados o cercanos a España. La colaboración con franceses en el abordaje científico de la América española, en virtud de los Pactos de Familia entre los Borbones, se había hecho habitual en la última etapa colonial: Feuillée; Frézier; Bouguer y La Condamine; el botánico Dombey con Ruiz y Pavón; el también botánico Bonpland con Alexander von Humboldt; Félix de Azara, bien conocido en

Francia gracias a la publicación de sus obras en París en 1809 por su hermano Nicolás, embajador de Carlos IV; etc. (Baulny 1964a: 9-10)¹. En particular los escritos de Bougainville, a partir de su accionar en el área de las Malvinas y el Cabo de Hornos en el siglo XVIII, eran de referencia y confrontación obligada para todos los viajeros científicos que frecuentaron la zona, incluido d'Orbigny.

Según Pratt, en 1735, con la publicación del *Systema Naturae* de Carl Linneo y la partida de la primera gran expedición científica de La Condamine, surgió una «nueva conciencia planetaria [que] es un elemento básico en la construcción del moderno eurocentrismo». Desde entonces, la historia natural se desempeñó en las «zonas de contacto», reclamando la composición de un orden a través de sus sistemas clasificatorios de recursos, tierras, rutas comerciales, hombres, etc. (Pratt 1992: 38, 57 y 64). Aún a través de los ojos del liberal Humboldt, modelo explícito de d'Orbigny, «las relaciones coloniales y la jerarquía racial aparecen como naturales» e indiscutiblemente *disponibles* (Pratt 1992: 65-67, 76, 97, 119, 230-233 y 237). El sentimiento de superioridad desarrollado por las burguesías europeas respecto del mundo colonial desterró las utopías indigenistas: ya no cabía el *buen salvaje* en el estudio sistemático de la naturaleza humana. En las obras de d'Orbigny veremos cómo, de la confianza ilustrada en la *civilización*, aunque fuera potencial, de los indígenas —como la sostenían los expedicionarios de Córdoba y Malaspina y los observadores de la frontera—, se discurre hacia la aceptación de su sometimiento *inevitable*, con una crueldad solamente atenuada por la compasión y sin admitir posibilidad alguna de acción política concreta en su favor.

En la «trayectoria neocolonial» de los viajeros europeos que atraviesan América del Sur posindependentista, efectivamente, se codifica la sociedad hispanoamericana «como un conjunto de obstáculos logísticos para el avance de los europeos». Todo es visto en función de las «posibilidades» o los «recursos» que posibilitarán el

¹ Louis Feuillée (1660-1732), astrónomo y botánico de la Academia de Ciencias de París, protegido de Luis XIV, visitó las Antillas en misión oficial en 1703-1706, y Chile y Perú en 1707-1711. Aimé François Frézier (1682-1773) investigó Chile y Perú en 1711-1714. Pierre Bouguer (1688-1758), matemático y físico inventor de la fotometría, fue enviado por la Academia de Ciencias de París a medir un arco de meridiano, con la expedición de La Condamine. Charles Marie de la Condamine (1701-1774), más conocido por su polémica con Bouguer que por su trabajo científico, fue miembro de las Academias de París, Londres y San Petersburgo; Condorcet, Buffon y Voltaire escribieron sobre él. Joseph Dombey (1742-1792), designado por Turgot para ir con José Pavón e Hipólito Ruiz López a Perú y Chile, de 1778 a 1785, sufrió grandes dificultades a raíz de las cuales terminó por quemar sus notas y rehusar un sitio en la Academia de Ciencias de París. La expedición comandada por Ruiz (1754-1816) y enviada por Carlos III a Perú y Chile preanunció de algún modo el triste destino de los trabajos de Malaspina: además de los problemas con Dombey, parte de sus colecciones se hundieron en un naufragio frente a Portugal, y otra parte se incendió. Aimé Bonpland (*né* Goujand, 1773-1858), tras conocer a Humboldt en París, viajó con él entre 1799 y 1804, de Perú a los Estados Unidos (cfr. Alexander von Humboldt, *Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Continente*) pensionado por el gobierno napoleónico; llamado por el revolucionario porteño Bernardino Rivadavia, llegó a Buenos Aires en 1817; apoyado por el gobernador entrerriano Francisco Ramírez para racionalizar la explotación de la yerba mate, fundó Santa Ana (Misiones), donde fue hecho prisionero por el dictador paraguayo Gaspar Rodríguez de Francia, de 1821 a 1831; tras ser liberado, trabajó en Misiones hasta su muerte, siempre bajo el auspicio de gobernantes progresistas como Pujol y Urquiza. Podemos agregar por lo menos a dos conocidos del Río de la Plata: el botánico Louis Née, que acompañó a Malaspina, y el ingeniero Joseph Sourrière de Souillac, que exploró los pasos andinos del sur de Mendoza en la primera década del siglo XIX y participó de la fundación de San Rafael en 1805.

trabajo de un «hombre» que es, naturalmente, el hombre blanco (Pratt 1992: 258-263). Hemos analizado otros casos en este mismo contexto (Navarro Floria 2000a y 2004).

El análisis de los textos científicos de d'Orbigny que emprenderemos, partirá del supuesto de que «cada reescritura tiene múltiples funciones —heurística, demostrativa, didáctica, reflexiva, filosófica—, cuyo peso relativo varía según los lugares y los públicos a los que ella se dirige» (Pestre 1995: 510). Para nuestro caso, se evidencian dos «traducciones» sucesivas y distintas de un ideario que revela una lógica moldeable según el contexto en el que relata los mismos hechos. El doble registro de d'Orbigny —en un típico y romántico «relato de viaje» primero y en una obra científica y académica después²— reproduce el modelo de escritura inaugurado por la expedición Bouguer-La Condamine y continuado por Humboldt, Darwin y una larga descendencia.

En el marco de unas relaciones políticas y económicas internacionales caracterizadas por la creciente preeminencia de lo utilitario, «no hay nada de extraño si los sabios del Museo [de París] pensaron que igualmente los viajes científicos oficiales volvían a ser posibles» (Baulny 1964a: 8).

1. Ver a los patagones (impresiones de un científico en la frontera)

D'Orbigny, como buen académico, puntualiza claramente desde el principio de sus trabajos cuáles son sus referentes y sus propósitos. Enviado como naturalista viajero por el Museo de Historia Natural de París —la institución impulsada por Buffon—, se embarcó en Europa en 1826, a los 24 años de edad, y recorrió el Cono Sur americano hasta 1833. Provenía de un ámbito científico central, metropolitano, dominante como era París en el campo de las ciencias del hombre, donde «el inmortal Cuvier» —como lo llama d'Orbigny— todavía haría oír su voz hasta su muerte en 1832. Su carácter de científico oficial es subrayado por el hecho de que se lo dotó de «la suma más alta jamás otorgada por el Museo hasta ese viaje» (Baulny 1964a: 11). A su regreso, el *Voyage dans l'Amérique Meridionale* fue editado bajo el auspicio de *monsieur* Guizot, entonces ministro de Instrucción Pública en París.

En su *Viaje a la América Meridional*, al comenzar a referirse a su viaje al río Negro (d'Orbigny 1945: 623 y ss.), el autor declara sus propósitos:

² La edición *princeps* del diario de viaje es *Voyage dans l'Amérique Méridionale; le Brésil, la République Orientale de l'Uruguay, la République Argentine, la Patagonie, la République du Chili, la République de Bolivie, la République du Pérou, exécuté pendant les années 1826, 1827, 1828, 1829, 1830, 1831, 1832 et 1833*, Paris, F. Bertrand, 1835-1847, 9 vols. y mapa. Los viajes de d'Orbigny también fueron publicados bajo otros títulos: *Voyage pittoresque dans les deux Amériques, Résumé général de tous les voyages de Colomb, Las-Casas, Oviedo..., etc., par les rédacteurs du voyage pittoresque autour du monde*, Paris, Tenré, 1836 (hay traducción al castellano en Barcelona, J. Oliveres, 1842, y otras); *Voyage dans les deux Amériques*, Paris, Furne et Cie., 1853; etc. Su obra académica es *L'homme américaine (de l'Amérique Méridionale), Considéré sous ses rapports physiologiques et moraux*, Paris, Pitois-Levrault, et Strasbourg, Levrault, 1839, 2 vols. Citaremos las versiones castellanas del *Viaje* y de *El hombre americano*: d'Orbigny 1945 y 1944.

«... deseaba ver con mis propios ojos esos famosos gigantes...; ansiaba poder... fijar de manera positiva la verdadera línea de demarcación entre todos esos terribles indígenas que España no pudo, ni por la persuasión de los jesuitas, ni por las armas, lograr que formaran una sociedad;... debía hallar una naturaleza completamente distinta de la de las regiones cálidas».

Manifiesta frecuentemente la superioridad del interés científico frente a sus propios sentimientos, junto a un gran respeto por sus objetos de estudio (ídem: 669 y 762). La ansiedad generada por la novedad de la región patagónica, que atribuye a su latitud, lo acompaña el resto del viaje: «Me acosté y traté en vano de conciliar el sueño; la idea de estar en un país nuevo para la ciencia, el deseo de ver objetos nuevos, me impedían dormir» (ídem: 640).

Esas ideas previas, contextualizadas en la ciencia de la época, evidencian una predisposición clara a *descubrir* al indígena como *objeto* de observaciones y experiencias científicas, y a clasificar ambientes naturales y escenarios humanizados en estrecha correlación con las culturas a estudiar.

Desde un principio, el científico anota el contraste entre el oasis fluvial del río Negro y la clásica imagen del desierto —un tema persistente en otros autores posteriores (Navarro Floria 2004)—: en aquél hay chacras llenas de frutales europeos y de trigales, y por sobre las barrancas nota «un triste contraste». Llega a decir que «hay dos países distintos, cuando se recorren las colinas o las orillas del río Negro», o que «la campaña es virgen, o sólo es frecuentada parcialmente por hordas vagabundas y salvajes, los avestruces y las maras» (d'Orbigny 1945: 637, 643 y 737). Esa imagen del paisaje patagónico, dada la importancia que tiene la geografía en la antropología de d'Orbigny, como veremos más adelante, es decisiva.

La iconografía presente en las obras de d'Orbigny es expresiva de la importancia que el autor y los editores —el Estado francés— le daban a una representación plástica que resultara fiel al contenido del trabajo científico. Baulny (1964b: 579-581) clasifica las planchas del *Voyage* en: once referidas a usos y costumbres, doce en color referidas a trajes, y veintitrés vistas en blanco y negro. La primera serie incluye tres estampas de la Patagonia: «Aucas y sus toldos en la Bahía Blanca, y vista de la Sierra de la Ventana»; «Patagones y aucas en traje de guerra»; y «Partida de patagones en San Javier a orillas del río Negro (Patagonia)». La serie de trajes contiene una lámina titulada «Patagón y patagonas». Una de las vistas es la «Vista del pueblo del Carmen sobre el río Negro, Patagonia». En una época pre-fotográfica, pero en la que ya se experimentaba la fuerte expansión neocolonial europea por todo el mundo, la representación pictórica de lugares, costumbres y pueblos diferentes constituye un dato fundamental de la literatura de viajes y científica. En el caso de d'Orbigny, es un complemento importante de su construcción minuciosa y prolija de la imagen científica de los indígenas americanos.

2. Salvajes, bárbaros y civilizados en 1829

Durante su estadía en Carmen de Patagones, que fue de enero a agosto de 1829, d'Orbigny visitó varios lugares cercanos, desde la bahía Anegada y el río Colorado,

por el norte, hasta la ensenada de los Lobos, por el sur, y San Javier, por el oeste. Mantuvo varios contactos con distintas parcialidades indígenas: con los «indios amigos» de la banda sur del río —que viven separados en tres tolderías según su origen «auca», tehuelche o puelche—, con los tehuelches de San Javier, y durante dos parlamentos, uno con los araucanos y otro con una coalición hostil a los criollos.

El examen de las costumbres, de la vida material, de las creencias, de las tácticas guerreras y de múltiples aspectos de la vida de las parcialidades que confluían en el ámbito fronterizo de Carmen de Patagones, se volcó en un registro realmente minucioso y sistemático allí donde la descripción interrumpe la narración. Se nota fácilmente el patrón de anotación de los datos, el mismo que años más tarde cristalizaría en su obra sobre *El hombre americano*: comienza por las observaciones fundadas en los datos generales que obtuvo sobre cada grupo —que luego le ayudarían a construir su clasificación de los pueblos americanos—, sigue por sus aspectos anatómicos y materiales, sus costumbres, y culmina la observación con apuntes acerca de sus aptitudes intelectuales, su idioma y su «carácter». Este último tópico del «carácter nacional» tiene en d'Orbigny, como veremos más adelante, connotaciones importantes.

El contexto fronterizo que caracterizó esos contactos plasmados de primera mano en el diario de d'Orbigny, también dejó su impronta. Precisamente, la constatación de las particularidades de la vida de frontera en Carmen de Patagones —de las que el francés se sorprendió a sí mismo participando más a menudo de lo que hubiera esperado—, la comprobación de la estrecha cercanía que generaban los contactos interétnicos cotidianos, la presencia de costumbres asimiladas del *otro* en ambas civilizaciones, la evidencia insoslayable brindada por tipos fronterizos como el gaucho o el murrango, y la convicción íntima, por fin, que provenía de una fe progresista y monogenista que no admitía saltos ni cortes repentinos en la historia ni en la naturaleza, todos estos elementos dan a la experiencia de d'Orbigny un carácter muy próximo al de la *ciencia de frontera*. A través del relato de sus recorridos y sus largas conversaciones junto al fuego en las tolderías, no es difícil ir espigando las reflexiones del científico que se confiesa impactado y en cierto modo contrariado por la humanidad, tan patente como la suya propia, de sus interlocutores vestidos con poncho o piel de guanaco.

El prejuicio —convencional— con el que d'Orbigny abordaba en su primera visita a los indios establecidos frente a Patagones, en la banda sur, provenía de sus estudios en la órbita del «inmortal Cuvier» y la ciencia metropolitana de la época. Iba a observar científicamente al *hombre primitivo* que proponía Degérando como intocada *materia prima de las civilizaciones*: «Es imposible describir el placer que me dio el examen de la menor cosa de esos hombres primitivos, que la civilización circundante no modificó en sus usos y costumbres» (d'Orbigny 1945: 642). Una concepción similar a aquella con que los viajeros ilustrados observaban a los habitantes del extremo sur (Navarro Floría 2003a: 237-243). Sin embargo, d'Orbigny va matizando su perspectiva a partir ya de la inevitable —tratándose de los «patagones»— observación acerca de la estatura:

«Es cierto que si se comparan los patagones a los aucas o araucanos de Chile y a los puelches, sus vecinos, podrían ser considerados hombres extraordinarios, pero si se

procede gradualmente, marchando del sur al norte, se hallarán todas las etapas intermedias... pero si se acercan los extremos, se halla tal diferencia que uno se siente tentado a creerse lejos de la región habitada por la nación americana considerada como tipo» (d'Orbigny 1945: 693-694).

Sus medidas y rasgos físicos le revelan una gradualidad en las diferencias, que se condice con la unicidad del género humano tanto como con las clasificaciones evolucionistas ya formuladas en siglos anteriores.

El contacto con los gauchos y las noticias acerca de los montoneros de los Pincheira, le van revelando una realidad no tan fácil de evaluar en términos taxativos de civilización y barbarie, o que al menos le hace descartar para esa situación fronteriza la tipificación del *salvaje*. Cuando se siente tentado de calificar una conducta de salvaje o desnaturalizada en los indígenas, d'Orbigny no deja de señalar que seguramente no es propia de ellos:

«He observado que los salvajes que viven alejados de las colonias europeas quieren mucho a sus hijos y conservan una bondad patriarcal; mientras que viviendo cerca de los colonos, contraen sus vicios, sin adoptar las virtudes y muestran una depravación de costumbres y sentimientos que sería difícil de creer, si todos los días no se vieran pruebas» (ídem: 715-716).

La misma idea se ve reforzada por lo que observa en los gauchos, en la guerra «gentes más bárbaras aún que los mismos salvajes», que «asesinan con tanta sangre fría como si degollaran una vaca» y que asimilan prácticas indígenas para convertirse en «verdaderos salvajes, [que] nada aman y en nada creen», hasta el punto de proponerse seguir el ejemplo de los Pincheira, «robarse las mujeres del villorrio... [e] ir a vivir con los indios» (ídem: 721, 756, 760, 800).

En estas observaciones, d'Orbigny se acerca al diagnóstico de la frontera como ámbito peculiar y problemático, ya formulado por Pedro Andrés García en la década anterior y que sería sistematizado por la sociología incipiente de Domingo F. Sarmiento y la generación del '37. Así, subsiste la imagen de que en la frontera nadie es tan civilizado que no pueda ser empujado por las circunstancias o por la necesidad a una vida similar o más austera aún que la de los indígenas, y a la inversa, nadie es necesariamente salvaje, sin ser pasible de ilustración. La vivencia de la permeabilidad de la frontera, entendida como franja de contactos, de intercambios, de aculturación y de sincretismo en ambas direcciones, se impone al observador científico como dato previo e insoslayable.

Pero la obra de d'Orbigny sobre el territorio pampeano-patagónico, como ya señalamos, no se agota en su conocido y tantas veces reeditado relato de viaje, sino que se completa con una obra científica insoslayable: *El hombre americano* (1839).

3. Un panorama etnográfico cristalizado

Antes de introducirnos en el análisis del contenido propiamente antropológico de la obra académica de d'Orbigny, conviene precisar el uso que hizo el autor de algunos términos y su incidencia en la etnología. El panorama etnológico de los indíge-

nas del Cono Sur americano (d'Orbigny 1944: 38), fue construido por el autor clasificando a la población estudiada en dos «razas»: la «ando-peruana» y la «pampeana». Las «razas» se subdividen en «ramas»: la «peruana», la «antisiana» y la «araucana» dentro de la primera; la «pampeana», la «chiquiteana» y la «moxena» en la segunda. Además, se incluye en el cuadro parte de la «rama brasilio-guaraní», sin aclarar la «raza» de pertenencia. Cada una de las «ramas», se subdivide a su vez en «naciones»: así, la «rama araucana» contiene a las «naciones» «auca o araucana» y «fueguina», y la «rama pampeana» a las «naciones» «patagón o tehuelche» y «puelche» junto con otras cinco más de la región chaqueña. Todavía aparece otra fracción menor que la de la «nación», que es la de la «tribu», definida como una «reunión de hombres que hablan distintos dialectos derivados» de un idioma «nacional» (idem: 30-31). Como resulta obvio, la «nación» la forman quienes «hablan un idioma», dado que el concepto de d'Orbigny es el de nación étnica, de raíz alemana y romántica, y no el de nación civil o jurídica, de filiación francesa e ilustrada. La «rama» estaría constituida por un «grupo más o menos numeroso de naciones distintas» que presentan «características físicas o morales... en relación con la geografía local», mientras que la «raza» es el «conjunto de naciones que reúne una identidad de sus características físicas generales» (idem: 31). Entre las clasificaciones raciales conocidas, parece preferir la de su maestro Cuvier (*Régne animal* 1829), que no incluía a los americanos, aunque posteriormente la omisión fue salvada por Garnot (1837), que los comprendió en la «raza amarilla o mongólica» (idem: 27-29). De cualquier modo y más allá de este muestrario de etnocentrismo con el que d'Orbigny no parece querer implicarse, declara su monogenismo y acepta la denominación «hombre americano» por corresponderse con una circunscripción geográfica rigurosa y generalmente aceptada (idem: 29). Zapater remite a los precedentes de Ulloa y Azara, señalando que d'Orbigny se separa del primero en el análisis más cuidadoso y detallado que logra de las características fisiológicas —en virtud del cual desmiente, como vimos, la existencia de un *tipo* indígena sudamericano—, y sigue al segundo en su identificación de las «naciones» (Zapater 1949: 111-115).

Frente al «caos de naciones generalmente nominales» que presentaban los testimonios de los viajeros, el científico francés confesaba, en la Introducción, su intención de «clasificar al hombre... de acuerdo con deducciones extraídas rigurosamente de un gran número de observaciones realizadas con un objeto tanto filosófico como zoológico». Para ese fin, la unidad de análisis elegida es la «nación».

«Cada una ha sido estudiada con gran minuciosidad en todas sus características... Hemos comparado cada nación con sus vecinas... comenzamos por diferenciar cada grupo de formas, de facciones, de colores de la piel; por establecer los puntos terminales de cada gran división, basada sobre las características fisiológicas; por fijar las subdivisiones siempre en relación con la composición geográfica de los lugares» (d'Orbigny 1944: 22).

Esta construcción inductivista debía partir del gran cúmulo de observaciones particulares que ya vimos reflejadas en el *Viaje*, pero también de una forma de agrupación más acorde con la realidad cotidianamente visible en la Pampa y la Patagonia. Es en el análisis de esas grandes «naciones» en donde d'Orbigny revela su secreto.

Al explicar la separación de la «nación auca o araucana» en araucanos al oeste de los Andes y aucas al este, los subdivide así: a los araucanos, en chonos, araucanos propiamente dichos y pehuenches; a los aucas, en ranqueles y «chilenos». Pero hay todavía más: «Hay además, en cada una de esas dos divisiones [de ranqueles y chilenos], un nombre particular por el cual se designa cada pequeña sección, según el cacique que reconoce por jefe o el sitio que habita momentáneamente» (idem: 223-224; bastardillas mías). Esto significa admitir que, si bien en su clasificación «filosófica y zoológica» del hombre americano del Cono Sur intentó cristalizar la imagen de un conjunto de «naciones», cada una con su lengua y su idiosincrasia de base fisiológica y geográfica, sus observaciones le indicaban que las identidades étnicas dependían de variables políticas: el cacique al que cada testigo reconocía o el lugar en el que habitaba. Al revés que los observadores militares coloniales estudiados por Nacuzzi (1998: 123-130), que reconocían «naciones» o grandes agrupaciones en un primer golpe de vista, pero abandonaban esas referencias geográficas amplias (como la de los «pampas») cuando los conocían mejor, d'Orbigny comenzó por esas autoadcripciones particulares, y sobre ellas construyó su propia clasificación, funcional a la ciencia metropolitana, con el fin de fijar las palabras y poner orden en el caos.

Si bien el resultado parece poner orden, efectivamente, en el caos nominal dejado por misioneros, militares, funcionarios y viajeros, ese orden no deja de ser una imposición más. Así, aparecen en el mapa norpatagónico los «puelches» (d'Orbigny 1944: 273 y ss.), identificados con los «pampas» de otros autores, habitando entre los ríos Colorado y Negro cerca de la costa atlántica, movilizándose hacia el sur hasta el Negro «y más allá», y al norte hasta las sierras bonaerenses, y que por su modo de vida eran «por lo menos tan nómadas como los patagones». Estos datos bastan para asimilarlos con los tehuelches septentrionales de la actual antropología histórica. Las denominaciones se vuelven múltiples y confusas, y más en la época de la llegada de contingentes araucanos o araucanizados a la Pampa, cuando se trata de las agrupaciones de lengua araucana. Más arbitraria aún resulta la solución respecto de las identidades de las agrupaciones de Tierra del Fuego. Como el científico las conoció indirectamente, a través de los testimonios de los abundantes viajeros de distintas naciones y épocas que las visitaron, y el caos denominativo no podía ser resuelto a través del trabajo de campo, adoptó una denominación geográfica genérica para un conjunto de datos en los que, nos confiesa, no encuentra «la menor analogía». Así nació para la etnografía la «nación fueguina»³. Su inclusión en la «rama araucana» fue, por añadidura, puramente intuitiva (idem: 232 y 236), aunque luego, en su análisis, d'Orbigny encuentre que los «fueguinos» constituían el conjunto de lo que en su plan de trabajo preveía como «pequeños patagones».

En síntesis, del Cabo de Hornos al Plata, d'Orbigny clasificó a los indígenas en cuatro «naciones»: fueguinos («los pequeños patagones de los primeros viajeros»), los patagones o tehuelches (hasta los 40° de latitud), los puelches («confundidos con

³ Zapater (1949:120) advierte que si bien la sistemática etnográfica posterior sigue en líneas generales a d'Orbigny, donde sus observaciones fueron totalmente revisadas fue precisamente en el ámbito fueguino, donde se diferenció a los *fuéguidos* de los pueblos patagónicos y se incluyó a los onas entre los *pámpidos* (Imbelloni) o entre los *patagónidos* (Canals Frau), siempre emparentados con los tehuelches.

los patagones por muchos escritores»), y los aucas o araucanos (ocupando el sur de Chile y la Pampa) (ídem: 262). Una imagen cristalizada, funcional al estudio y la clasificación de gabinete y no al trato fronterizo. El aporte de *El hombre americano* a la política indígena surgiría no de esta parte clasificatoria de la obra, sino de los conceptos que, como veremos, intentarían explicar desde la ciencia metropolitana la subsistencia de indígenas insumisos a la civilización dominante.

4. El aporte de *El hombre americano* a la antropología de la Patagonia: los indígenas libres del Cono Sur

La Introducción de Alcide d'Orbigny a *El hombre americano* es un modelo de disciplina intelectual frente a una serie de problemas complejos. Con el mismo cuidado con que anotaba lo que oía y veía y guardaba lo que podía llevar en sus recorridos por los campos del río Negro, resuelve aquí en pocas páginas la explicación de lo que se propuso con su obra, de sus presupuestos básicos, de los obstáculos epistemológicos que estimaba ineludibles y de la elección de Carmen de Patagones como punto de vista apto para la construcción de su modelo científico. Íntimamente ligado con su dedicatoria a Alexander von Humboldt que preside el libro, aparece el objetivo de una perspectiva interdisciplinaria capaz de dar cuenta del estudio de los seres vivos —que lo acreditaban como «naturalista»—, que en correlación ambientalista con el estudio de la geografía «nos permitiría estudiar, desde todos los puntos de vista... los efectos y las causas de las grandes leyes y de los cambios en la distribución de los seres» (ídem: 13).

La finalidad última era lograr una clasificación de los pueblos indígenas fundada en la observación directa y contextualizada teóricamente —según el modelo de Humboldt, y más remotamente de Ulloa y Azara (Zapater 1949: 116)— en el estudio de la antropología física y cultural. En función de ese objetivo, d'Orbigny construyó una *secuencia lógica y semántica cuyos contenidos son correlaciones directas*, observables y contrastables empíricamente, entre los principales factores que hacían a las condiciones de vida en la Patagonia. El grado de perfección de las correlaciones es un componente central de la mentalidad determinista que guiaba la colaboración entre ciencias naturales y ciencias humanas en el siglo XIX: el clima y las condiciones de vida material se consideraban *determinantes*, junto a las «disposiciones morales» que se suponían innatas, de la situación cultural y política de los pueblos indígenas, y por lo tanto de su destino frente a otras culturas.

La secuencia lógica de d'Orbigny dice, básicamente, que los recursos naturales con que cuenta una determinada población son determinantes de la densidad de población, de acuerdo con el «género de vida» adoptado —es decir, con su actividad económica básica: caza, agricultura, etc.—. Esos recursos naturales son función de una variable fundamental que en el contexto humboldtiano es el «clima» pero que para el caso bajo estudio consiste en la meridionalidad: cuanto más al sur, menos recursos y menos densidad de población. Estos factores serían los determinantes de las migraciones y divisiones de la población humana en «ramas» y «naciones», coincidiendo que las más meridionales son las que han permanecido «libres».

Veamos algunos textos de *El hombre americano*, ilustrativos de esta secuencia. La correlación entre actividad económica básica, superficie del territorio ocupado y recursos naturales es explicada así:

«... la extensión del terreno ocupado por cada una de las naciones no está, ni mucho menos, en relación con la población, pero sí lo está con el género de vida y la naturaleza del suelo. Un pueblo cazador tiene necesidad para vivir de una superficie mayor que un pueblo dedicado a la agricultura, porque al verse obligado a perseguir a los animales, se divide en familias; se hace nómada, y ocupa una extensión tan vasta cuanto el territorio que ocupa es más estéril, como puede comprobarse con los patagones, los puelches, los charrúas y otras naciones del sur de las Pampas. La naturaleza de los terrenos ejerce una influencia más o menos importante sobre la extensión más o menos grande que una nación necesita para vivir» (idem: 35).

Para el caso concreto de la Pampa y Patagonia:

«... las Pampas, cuya esterilidad hace imposible los cultivos, son habitadas por pequeñas naciones que ocupan superficies muy extensas. En las montañas, donde nada impide a los pueblos comunicarse entre sí, residen grandes naciones, como los quichuas, los araucanos y los aymaraes» (idem: 35-36).

Distintas circunstancias locales y culturales podrían inducir las migraciones:

«Creemos que cuatro circunstancias locales distintas, al revelar a un pueblo la extensión del territorio que ocupa, pueden inducirlo a viajar. 1º El litoral marítimo... 2º El curso de un río... 3º Una planicie que puede recorrer con facilidad... 4º Finalmente, las mesetas de una región montañosa ... La causa de las migraciones siempre se relaciona con el grado de civilización y las costumbres de los pueblos. Los civilizados quichuas tenían, por ejemplo, un motivo religioso: convertir a los bárbaros al culto del sol... ; para los guerreros, sobre todo para los guaraníes, la esperanza de exhibir el coraje y el ansia de conquistar nuevas compañeras, cuya posesión representaba para ellos un honor. En tres naciones hubo migraciones: en la quichua, la guaraní y la araucana...» (idem: 36-37)⁴.

Tras contabilizar en la «rama araucana» 34.000 «salvajes» y ningún «cristiano» y en la «rama pampeana» 32.400 «salvajes» y sólo 100 «cristianos», en contraste con otras «ramas» y con la «raza brasilio-guaraní», en las que la inmensa mayoría serían «cristianos», d'Orbigny concluye:

«De la comparación de esas cifras —aunque a primera vista no parecen tener ninguna influencia filosófica— pueden sacarse conclusiones de la mayor importancia sobre los aspectos fisiológicos y morales de los americanos, al analizarlos por naciones y ramas, puesto que es menester reconocer: 1º, que esa comparación confirma por completo las divisiones que hemos establecido de acuerdo con las características fisiológicas únicamente, ya que cada rama es casi enteramente cristiana o salvaje; 2º, que esa comparación demuestra que las características fisiológicas están en relación con las disposiciones morales; 3º, que la fácil sumisión de los indígenas americanos a los conquistadores americanos del Nuevo Mundo se debe más a las disposiciones mora-

⁴ Los araucanos son incluidos por d'Orbigny entre los pueblos guerreros que habrían migrado motivados fundamentalmente por el ansia de conquistar mujeres y prestigio.

les que caracterizan a aquellos que a la bravura de éstos, puesto que las naciones que resistieron a la conquista son todavía libres, mientras que aquellas que recibieron a los conquistadores como amigos han sido todas subyugadas... Es de hacer notar que la única rama de la raza peruana que desafió a los ejércitos españoles, habita las regiones más meridionales del continente. Veamos ahora si ha sucedido lo mismo con nuestra raza pampeana. La rama pampeana, la más meridional de las tres, presenta absolutamente las mismas características de los araucanos. Ninguno de sus miembros es cristiano y todos son libres... Todos los pueblos de las regiones más meridionales del continente americano, desde el grado 34 de latitud sur hasta la extremidad, no han sido, es cierto, jamás sometidos...» (ídem: 40-41).

En un cuadro d'Orbigny asigna a la nación auca-araucana y a la patagónica o tehuelche el tercer y cuarto lugar, respectivamente, en el orden de la superficie territorial que ocupan, detrás de los guaraníes y los quichuas o incas. En otro cuadro, a continuación, caracteriza a los «patagones» como la nación de menor densidad de población (menor a un habitante por legua cuadrada), relacionando este dato tanto con la «naturaleza de los terrenos que ocupan» y con su clima frío como con sus costumbres cazadoras (ídem: 42-43). En conclusión:

«... la parte de América cuya población es más numerosa, resulta precisamente ser aquella donde los pueblos son más civilizados y la agricultura es más adelantada; mientras que allí donde el hombre no tiene otra ocupación que la caza, la población se mantiene por debajo de todas las cifras conocidas. ... la superficie habitada por los indígenas que unen a la agricultura la caza, aunque relativamente mucho más extensa que la que ocupan los pueblos puramente agricultores, no puede compararse con la ocupada por los pueblos exclusivamente cazadores, sobre todo cuando el terreno es seco y estéril, como el de los patagones» (ídem: 44).

Resulta de singular importancia la afirmación acerca de «que las características fisiológicas están en relación con las disposiciones morales», y que estas características han resultado determinantes para que cada «nación» indígena fuera conquistada o permaneciera insumisa. La conclusión que surgía de aquí era que los indígenas no sometidos eran *naturalmente* insumisos. Esta *naturalización de la situación política*, es decir, el concebir que la insumisión de los pueblos indígenas del sur respondía a leyes de la naturaleza que eran, como tales, inmutables, era la conjetura científicamente y políticamente más dura de d'Orbigny. Implicaba, como corolario, que los no sometidos nunca se someterían: su destino lógico era el exterminio.

También es importante anotar que la correlación deducida por d'Orbigny entre insumisión y meridionalidad es aparente o ficticia. Aunque resulta estadísticamente positiva, no es lícito deducir de ella, como lo hace d'Orbigny, una relación causal real. La causa real de la relación entre los dos hechos constatados —que los grupos indígenas de la Araucanía, la Pampa y la Patagonia permanecieran insumisos y que los mismos habitaran ambientes australes—, que estaba a la vista del científico, puesto que había hecho una lectura exhaustiva de testimonios y antecedentes históricos, era que los europeos habían encontrado siempre dificultades prácticamente insalvables para adaptarse y establecerse en los climas más meridionales. Si Carmen de Patagones constituía la excepción, d'Orbigny no podía ignorar las experiencias españolas previas en el estrecho de Magallanes y en distintos puntos de la costa pata-

gónica continental, las desventuras de Cook en Tierra del Fuego, o las observaciones de Malaspina acerca de la inhospitalidad de la Patagonia, por citar solamente los ejemplos mejor conocidos. En cambio, es claro que el francés optó por forzar su hipótesis y orientar el resultado de esta correlación, positiva en los datos externos aunque no real, al sostenimiento de sus conclusiones acerca de la influencia del clima, e incluso de la latitud y la altitud en la indocilidad de los habitantes de los llanos pampeano-patagónicos. Una muestra más de la utilidad política de ciertas conclusiones de la ciencia.

Finalmente, la generalización acerca de que todos los pueblos indígenas no sometidos tenderían a desarrollar la caza como actividad económica principal, contiene un prejuicio etnocéntrico. Esto es, identificar civilización con sedentarismo y agricultura, y aún con cultura urbana, y sus opuestos —vida rural, caza y recolección, nomadismo— con el salvajismo. Esta minusvaloración de una forma de vida con cierta movilidad —la única posible, en las condiciones tecnológicas de la época, en la meseta patagónica— está siendo claramente revertida por la antropología actual (Nacuzzi 1998: 199-213).

El capítulo III de *El hombre americano*, titulado «Consideraciones morales», es en realidad un estudio profundo y —en la medida en que lo permite el rigor científico del hombre del Museo de París— apasionado, de los pueblos «libres» o *no sometidos* del Cono Sur. Describe sus lenguas como expresivas y eufónicas, sus facultades intelectuales facilitadas en su desarrollo por la libertad, su «carácter» —concepto inasible que refleja el campo psicoafectivo en que se juegan las relaciones interétnicas— como inmutable en términos colectivos y rebelde a la «civilización»:

«Aunque el *carácter* del hombre varíe mucho con los individuos, no puede negarse que existen matices debidos al *origen común*. Al juzgar una nación o una raza en su conjunto, comparada a otra, podrá comprobarse que una tiende hacia la dulzura, otra a la ferocidad... orgullosos e indomables guerreros, los pueblos *más meridionales* de las montañas y mesetas, los Araucanos, Patagones, Puelches, Charrúas, Mbocobis, etc., ... Son todavía los mismos que en la época de la conquista... ¿no demostrará evidentemente que *cada raza y cada nación pueden tener en el carácter matices que, sin cambiar jamás, parecen perpetuarse de generación en generación, en los miembros del mismo pueblo?* ... otros (los Yuracarés) presentan el verdadero *tipo del salvaje* librado a sí mismo y *reúne todos los vicios* junto al egoísmo mayor: soberbios, insociables, independientes, crueles, insensibles para sí mismos y los demás; son *todavía libres*. Los Araucanos se parecen mucho a los Yuracarés y son altaneros, indóciles como ellos, disimulados, rencorosos, poco alegres, generalmente taciturnos; guerreros intrépidos, viajeros infatigables, *son todos independientes* ... Los Pampeanos se parecen en todo a los Araucanos: soberbios, indomables, guerreros infatigables, viajan sin cesar y llevan a todas partes su inconstancia; son tristes, serios, reservados, fríos, a veces feroces; jamás uno solo de ellos se ha hecho cristiano si no ha sido a la fuerza... *Todos son libres*» (ídem: 119-120; bastardillas mías)

En este punto es interesante comparar la indeterminación con que los viajeros de la Ilustración utilizaban el concepto de *carácter*, con la mejor definición que adquiere el término en el siglo XIX. Definición que tiene que ver con visiones crecientemente deterministas: el carácter de un pueblo es permanente e inmutable, porque

viene determinado por la geografía, las actividades económicas y las características físicas de sus individuos. La perpetuidad que se atribuye a la idiosincrasia de cada pueblo indica claramente la aceptación, por las ciencias del hombre del siglo XIX, del poligenismo y del particularismo cultural como fundamentos científicos para la afirmación de diferencias insuperables entre grupos, pueblos o «razas». La suma de concepciones generalizadoras —*todos* los indígenas meridionales reúnen *todos* los vicios y *nunca* se someterán— cristalizaría unas décadas más tarde, cuando se hablara de la «cuestión» o el «problema» de *el indio* en singular, por definición *salvaje* y enemigo de la civilización. El paso siguiente sería pedir su exterminio, claro está, con fundamento «científico».

Ese *carácter* indomable era correlacionado por d'Orbigny con determinadas características fisiológicas, con la actividad económica cazadora y con el medio geográfico llano y meridional (ídem: 121-122). Los *hábitos* característicos —entendiendo por tales el conjunto de las formaciones económicas y sociales de cada «nación»— definidos en función de la localización geográfica y de los recursos que proporcionaba el medio, en la Pampa y la Patagonia eran fundamentalmente la caza, la alta movilidad y la dispersión política.

A ellos se agrega el complejo ecuestre, que según observaba d'Orbigny actuaba como diferenciador entre los mapuches de Chile, pastores, agricultores y por lo tanto sedentarios, y los habitantes tehuelches, puelches y mapuches de las llanuras orientales, que «se han hecho, en vez de fijarse, más ambulantes todavía y más cazadores» (ídem: 126). Estos hábitos se especificaban en usos y costumbres concretas, que se podían modificar mediante el aprendizaje (ídem: 138). Todos estos «usos y costumbres» eran función, en definitiva, de lo que d'Orbigny denomina *grado de civilización*, invariable en «las naciones que permanecen libres... *siempre bárbaros e indomables*» (ídem: 131). Esta concepción teórica de la invariabilidad del carácter colectivo se impuso, en la práctica, sobre la observación concreta de la maleabilidad de las costumbres individuales.

D'Orbigny se propone una antropología capaz de dar cuenta de la existencia de indígenas «libres», no sometidos, y de explicar ese fenómeno a tres siglos y medio de la llegada de los conquistadores europeos a América.

¿Qué significado asigna d'Orbigny a la expresión cuando se refiere a la *libertad* de los pueblos indios de la Patagonia y del sur chileno? Cuando concluye el apartado general referente a la población de la región estudiada en *El hombre americano*, afirma que a uno y otro lado de los Andes, los pueblos más meridionales comparten una característica: «Ninguno de sus miembros es cristiano y todos son *libres*». De allí deduce la influencia del clima y de las «disposiciones morales» innatas en su situación frente al conquistador español o criollo, «sobre la mayor o menor *docilidad* del hombre americano»: «desde el grado 34 de latitud sur hasta la extremidad, no han sido, es cierto, *jamás sometidos*» (d'Orbigny 1944: 41; bastardillas mías). *Libertad* es, entonces, para d'Orbigny, sinónimo de paganismo, indocilidad, insubmisión. Más adelante, recurre a un argumento romántico si los hay, para rebatir a quienes negaban, en el contexto de la polémica sobre el Nuevo Mundo del siglo XVIII —Ulloa, Pauw, Robertson—, expresividad intelectual a las lenguas americanas:

«Generalmente se abre juicio sobre una nación en base a algunos individuos, que forman parte de ella, *reducidos y sometidos* casi a la esclavitud en las misiones, individuos en los que el *espíritu nacional* cede ante la influencia de la servidumbre. Pero, ¿no están completamente embrutecidos esos individuos? [Nota a pie de página: ‘... Un indio *libre* responde con justeza y sin tergiversar’]. En el hombre *libre*, que todavía conserva sus *costumbres primitivas*, hay que buscar *ese estado de espíritu, esa exaltación de sentimientos que corresponden realmente a la nación*» (ídem: 110; bastar-dillas mías).

Libertad, primitivismo, espiritualismo, sentimentalismo, nacionalidad: una constelación de ideas ya popularizada, por cierto, en la Europa de los años de la década de 1820, y que traduce en clave romántica el perfil del *buen salvaje* del XVIII. El *buen salvaje*, para d’Orbigny, es el indígena no sometido.

De todos modos, por positiva que pueda parecer a primera vista esta caracterización de los «indios libres», nos debe llamar la atención sobre un punto: por primera vez en el contexto de las relaciones interétnicas del siglo XIX, aparece una imagen del indígena «construida no en función de divisiones etnográficas más o menos respetuosas de autoadscripciones indígenas, sino en función de su grado de asimilación a la sociedad occidentalizada» (Lenton 1994: conclusiones). Desde el punto de vista de los distintos códigos argumentales movilizados por d’Orbigny en sus distintas obras y para diferentes públicos y contextos, es claro que tras satisfacer un propósito fundamentalmente heurístico mediante la escritura del *Viaje*, nuestro naturalista orientó su texto académico —*El hombre americano*— a resolver el problema de la relación de los pueblos indígenas no sometidos con los nuevos Estados nacionales en construcción, que era el núcleo problemático más «duro» que presentaban las relaciones fronterizas de entonces.

De esta categorización de los «indios libres» en tanto insumisos, surge con claridad quién será, en adelante, quien los nombre —el «nosotros» de la corriente ideológica principal autodefinida como no-étnica—, y fundamentalmente cuál es el modelo de sociedad que propugna —sometida, sedentaria—. La ciencia natural se revela aquí como un instrumento eficaz para la construcción de sujetos y de todo un modelo social, y por lo tanto para la proposición —explícita o implícita— de vías de acción adecuadas a la intencionalidad dominante de incorporar a los nuevos Estados los espacios ocupados por los no sometidos.

5. Una trayectoria intelectual: d’Orbigny y sus lectores

Cabe constatar la permanencia de diferentes miradas paralelas en una misma época, y en este caso, de diferentes textualizaciones y códigos argumentales en un mismo autor. De las obras analizadas de Alcide d’Orbigny, es evidente que el relato del *Viaje* es la que refleja la mirada cercana, humanizada, consciente de la realidad de una frontera permeable y dinámica. Unos años después, en 1839, *El hombre americano* aparece como la decantación de la experiencia, y la adecuación de aquellas primeras observaciones en bruto al contexto explicativo de la ciencia metropolitana. Mirados de lejos, los indígenas americanos ya no son tan fáciles de distinguir entre

sí, ya no se escuchan sus voces ni se perciben sus quejas y necesidades, tan parecidas a las del gaucho. Aún en el interior del texto científico, la contradicción entre los conceptos de *carácter* inmutable y *hábitos* modificables es indicativa de la transición entre una y otra mirada. Pero se está cada vez más cerca de percibir a *los indios* como *el indio*, y al indio como una *cuestión* a resolver.

Esta trayectoria intelectual personal del naturalista enviado por el Museo de París es representativa de la experiencia colectiva de la antropología occidental ante los casos de pueblos indígenas americanos aún no sometidos en el siglo XIX. Se podría definir ese camino como el que va *de la utopía al fatalismo, pasando por el desencantamiento*. Ese fatalismo construirá trabajosamente sus propias razones científicas, de la mano de la *consagración del paradigma naturalista* y sus leyes de cumplimiento forzoso. De la ficción ilustrada del *buen salvaje* a su desengaño y a la construcción de la imagen del *bárbaro*. Un arquetipo proveniente de un paisaje, casi como un dato más de él. Esa necesaria ligazón de la *barbarie* con la imagen de la estepa pampeana y patagónica, haría que la idea se extendiera a todos los que son capaces de vivir en ella sin «civilizarla» según las pautas occidentales, tanto indígenas como gauchos.

El lugar de Alcide d'Orbigny en este proceso es el de quien logró una síntesis y una sistematización de la información disponible, como naturalista académico europeo pero actuando sobre el terreno que estudiaba. Su síntesis buscó perfilar, definir y clasificar al sujeto de la vida humana en la Patagonia. En definitiva, *generó una imagen cristalizada y naturalizada de los pueblos indígenas como particularidades culturales, plasmando una síntesis digerible para su entorno académico y de inesperado prestigio político*, logrado a través de sus posteriores lectores.

Su esquema conceptual de correlaciones entre fenotipo, moral y lugar, destinado a componer *tipos* en general, y en particular un tipo *salvaje* (el de los «pueblos libres») operó una naturalización de la diferencia —a través de la asociación directa entre paisaje, caracteres fenotípicos y «carácter» moral— destinada a permanecer.

El impacto de la concepción romántica del *salvaje* como irredimible, ineducable, inadaptable, producido fatalmente por la tierra como un dato más del paisaje natural, repercutió tanto en los viajeros de la «vanguardia capitalista» del siglo XIX (Pratt 1992: 259-270; Navarro Floria 2000b) como en los *nation builders* latinoamericanos y en los descriptores oficiales que inventariaban sus países y lo mostraban vacío y disponible al mundo «civilizado».

Gould, en un agudo trabajo sobre los primeros escritos de Charles Darwin (Gould 1997), caracteriza al joven naturalista por un «estado moral» marcado por el sentimiento de superioridad racial y por el paternalismo puritano, elementos que constituyeron en él, claramente, una actitud permanente o mentalidad anterior y subyacente al hallazgo científico del mecanismo de la selección natural. Desde esas convicciones profundas, los viajeros europeos del XIX le hablaban a la naturaleza americana desde su cultura y con sentido pragmático y preceptivo, desde su mentalidad constituida por una cierta moral, desde una determinada experiencia social, desde la adhesión a un modelo económico industrialista. De algún modo, regresaban así al estilo de las crónicas de la época de la conquista de América, en las que «los paisajes adquieren a menudo cualidades 'morales' que los convierten en decorados más

que en realidades geográficas, y los indios —de papel— se imaginan de acuerdo al *logos* occidental, representando un drama al que nunca quisieron asistir» (Bernabéu 1999: 11). El diálogo se convertía así en una evaluación subjetiva del estado moral del otro y de sus posibilidades (o imposibilidades) de supervivencia en contacto con la «raza superior» del norte de Europa. El tono racista formaba parte del clima común de ideas que los procesos sociales gestaban en Estados Unidos y en Europa a mediados del siglo XIX (Peset 1983: 15-77). La refracción de las ideas europeas y estadounidenses en este terreno, en las *élites* hispanoamericanas, tendría su manifestación más clara en el giro naturalista de mediados del siglo XIX. Como señala Quijada: «Lo que subyacía a esta mutación era el convencimiento creciente de que lo ‘bárbaro’ no era ‘civilizable’ porque las condiciones de la barbarie eran biológicamente innatas... El indio heroico de la independencia, mito de la nacionalidad, se había convertido en una fiera carente de toda capacidad de civilización.» La idea de una escala jerárquica de las «razas» «tendió a desplazar del imaginario occidental la percepción ilustrada de la diferencia como fruto de las influencias del clima, ambiente o educación» y estas ideas, «prestigiadas por su carácter de ‘pensamiento científico’... fueron adaptadas e instrumentalizadas», en la Argentina como en los Estados Unidos y en Inglaterra, en aras de antiguos intereses y prejuicios (Quijada 1994: 46-48). Es evidente la influencia de la lectura de d’Orbigny en este giro naturalista: todos los pensadores más representativos del Cono Sur de la época en cuestión refieren haberlo estudiado.

Si Darwin luchaba contra sus propias sensaciones de rechazo provocadas por el contacto directo con indígenas patagónicos, «el espectáculo más curioso y más interesante a que jamás haya asistido yo» (Darwin 1942: 254), realizando admirables esfuerzos de empatía en razón de los principios éticos superiores que compartía con muchos de sus contemporáneos, otros viajeros, quizás en nombre de la misma cosmovisión cristiana, se inclinaban por el fatalismo racista. Un ejemplo no proveniente del campo científico pero que nos es útil para contrastar el alcance de la divulgación de la antropología naciente a mediados del XIX, es el del comerciante inglés William Mac Cann, autor de un interesante relato de viaje por la Pampa en 1847. Mac Cann se muestra fuertemente impactado por la observación directa de los indígenas en su medio, lo que lo movió a caracterizarlos desde un sentimiento indisimulado de superioridad y desde una posición puritana de crítica moral, escandalizándose de que las tejedoras pampas «pierdan un mes para confeccionar una prenda que, en Yorkshire, podría tejerse en una hora» (Mac Cann 1985: 88) y pronosticando «la extinción final» de las «razas» inferiores por el simple contacto con «las enérgicas razas del norte de Europa» asistidas por la Providencia divina (ídem: 187). Un punto de vista parecido es expuesto por quien sería, años después y hasta su muerte en 1892, director del Museo Público de Buenos Aires, el naturalista alemán Hermann Burmeister, en su *Viaje por los Estados del Plata* de 1857. Tras una descripción de la Pampa de matriz humboldtiana, descriptiva de conjuntos y abierta al conocimiento intuitivo, Burmeister (1943-44: I, 183-184) descrea de la potencialidad económica de este suelo o, en todo caso, la condiciona a la supresión del principal obstáculo para el progreso: la población indígena, a la que acusa de ser socialista y de pertenecer a «la escala más baja de la sociedad humana» (ídem: II, 28-32).

Uno de los más notables lectores de d'Orbigny fue, sin duda, Domingo Faustino Sarmiento, quien en su rol de periodista, formador de opinión y político, interesado en el diseño de políticas de Estado para la frontera sur argentina y chilena, desplazó las conclusiones científicas de la antropología al terreno de la sociología (Navarro Floria 2000a: 46-60). La tesis central de sus primeros artículos periodísticos sobre los problemas argentinos, del *Facundo* (1845), y por lo tanto el marco teórico de su visión de los pueblos indígenas, es sociológica. Consiste en atribuir la «barbarie» — que no es sólo de sus habitantes sino una cuestión estructural— a una conjunción ambiental y cultural, en el contexto del romanticismo y del naturalismo. Bajo un paradigma biologicista, se describía una fisiología social para prescribir una higiene social, en palabras de Saint-Simon. A raíz de la iniciativa chilena de ocupar Magallanes, en 1841, y de la reactivación de la cuestión de la Araucanía, Sarmiento expresó por primera vez un monismo político y una concepción étnica de la nacionalidad, que le impedían concebir la «intercalación de un pueblo extraño en el seno de nuestra república» (Sarmiento 1948: IX, 190-191). Su rechazo de la pertenencia de los pueblos indígenas a la historia y al cuerpo de las Repúblicas hispanoamericanas emerge en diversos escritos (idem: II, 217-220; II, 220; II, 315-320; IX, 211-223; XXIII, 108; XXIII, 341; XXIII, 370), fundado en una determinada «naturaleza del salvaje» (idem: IX, 212) que suponía «que en ellos falta el carácter perfectible de nuestra especie», perfectibilidad que sólo se podía atribuir a la «raza blanca», que por esa razón estaría destinada a extinguir o absorber a todas las otras (idem: IX, 215). Sarmiento recurría frecuentemente a argumentos y ejemplos tomados del racismo estadounidense proveniente tanto de estudios anatómicos⁵ como de la escuela historiográfica puritana, romántica y liberal de Nueva Inglaterra.

Todavía en torno a 1860, en el principal manual publicado por el Estado argentino en Europa, destinado a atraer inversores e inmigrantes, la *Descripción de la Confederación Argentina* de Victor Martin De Moussy, las escasísimas menciones de los pueblos indígenas —se trataba de mostrar un *desierto* disponible— reconocen a d'Orbigny como su principal fuente. De Moussy incorpora, con criterio humboldtiano, el análisis de la población, de acuerdo con los principios clasificatorios provenientes de las ciencias de la naturaleza y profundizando en la diversidad de sus costumbres. Con este propósito, desarrolla extensamente la clasificación de los pueblos indígenas elaborada por su compatriota, citando en una larga nota a pie de página las características físicas que d'Orbigny asignaba a cada «nación»:

«Para nosotros, examinando las cosas principalmente desde un punto de vista práctico, diremos cuál es hoy la distribución y el estado de las tribus indias más en contacto con los cristianos; el rol que jugaron en tiempos pasados y el que juegan hoy. Examinaremos cuál es su estado social actual y cuáles son las probabilidades de civilizarlos más o menos próximamente» (De Moussy 1860-64: II, 141-148)

⁵ El autor más representativo de los estudios craniológicos norteamericanos, Samuel Morton, generó, según Gould (1997: 70-79 y 84-87), un sorprendente conjunto de falsas correlaciones y errores de cálculo, omisiones, incongruencias y tergiversaciones derivadas de una poderosa convicción *a priori*, similar a la que llevó a Sarmiento a construir su hipótesis *ad hoc*, acerca de una supuesta jerarquía de las razas, dentro de la cual sería demostrable la superioridad de los blancos y la inferioridad de los negros, los indios americanos y demás «coloreados».

La descripción de uno y otro momento histórico resulta prácticamente inseparable, por cuanto los prejuicios y las metáforas habituales referentes al «salvaje» y al «desierto» impregnan la descripción tanto de los tiempos de la conquista como la de los del autor. De Moussy extrapola hacia atrás en el tiempo la presencia araucana al este de los Andes. Por otra parte, la insistencia con que se repite la idea de la invariabilidad de las culturas indígenas se complementa con los detalles que asimilan a los aborígenes con los demás animales de la Pampa o simplemente con el resto del paisaje del «desierto»: indomables, errantes, sólo afectados por la influencia —benéfica, por supuesto— de los hispanocriollos. De acuerdo con la representación vigente del país, De Moussy hace llegar a la Argentina hasta el río Negro: «El resto, componiendo lo que hemos denominado territorio indio del sur, es el dominio del indio nómada que ocupa todo lo que está más allá del grado 34» (ídem: I, 240-243; cf. II, 344-345; III, 505-506). El nomadismo es el rasgo cultural más insistentemente mencionado en relación con todos los grupos indígenas, excepto los pehuenches, y es precisamente lo que los convierte en invisibles para una Geografía que se concebía como una actividad descriptiva de elementos fijos en el espacio. Tampoco tienen Historia, salvo la guerra con los españoles y sus descendientes (ídem: III, 510). La privación de coetaneidad y de espacialidad en el caso de las descripciones oficiales del naciente Estado argentino se dirigía claramente a la representación de un territorio disponible (Navarro Floria 1999), y provenían de la naturalización de los rasgos culturales y de la situación política de los indígenas insumisos.

Los breves ejemplos presentados aquí muestran cuál fue el largo alcance de las ideas desarrolladas por d'Orbigny, en el contexto científico de su tiempo, acerca de los pueblos indígenas del Cono Sur. Está de más agregar que, a través de sus lectores de las décadas de 1840, 1850 y 1860, fundamentalmente, su concepción de unas comunidades naturalmente inadaptables al proceso cultural occidental se transformó en dominante.

6. Referencias bibliográficas

BAULNY, Olivier

1964a *Le voyage dans l'Amérique Meridionale d'Alcide d'Orbigny*. Pau: Marrimpouey jeune.

1964b «Bibliographie et iconographie des oeuvres américaines d'Alcide d'Orbigny». *Bulletin de la Faculté des Lettres de Strasbourg* 42 (8).

BERNABÉU, Salvador

1999 «Introducción», en S. Bernabéu (coord.), *Historia, grafía e imágenes de Tierra Adentro, Nueve ensayos sobre el norte colonial*. México: CSIC - Archivo Municipal de Saltillo.

BURMEISTER, Hermann

1943-44 *Viaje por los Estados del Plata, con referencia especial a la constitución física y al estado de cultura de la República Argentina, realizado en los años 1857, 1858, 1859 y 1860 por el Dr. Hermann Burmeister*. Buenos Aires: Unión Germánica en la Argentina.

- DARWIN, Charles
1942 *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*. Buenos Aires: El Ateneo.
- DE MOUSSY, Victor Martin
1860-64 *Description de la Confédération Argentine*. Paris: Firmin Didot Frères et Cie.
- GOULD, Stephen Jay
1997 «El estado moral de Tahití [...] y de Darwin», en *La falsa medida del hombre*. Barcelona: Crítica.
- LENTON, Diana Isabel
1994 *La imagen en el discurso oficial sobre el indígena de Pampa y Patagonia y sus variaciones a lo largo del proceso histórico de relacionamiento: 1880-1930*. Tesis de Licenciatura, Universidad de Buenos Aires.
- MAC CANN, William
1985 *Viaje a caballo por las provincias argentinas*. Buenos Aires: Hyspamérica.
- NACUZZI, Lidia R.
1998 *Identidades impuestas, Tehuelches, aucas y pampas en el norte de la Patagonia*. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología.
- NAVARRO FLORIA, Pedro
1998 «Ciencia de frontera y mirada metropolitana: las ciencias del hombre ante los indios de la Araucanía, las Pampas y la Patagonia (1779-1829)». *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano* 17: 115-143. Buenos Aires.
1999 «Un país sin indios. La imagen de la Pampa y la Patagonia en la geografía del naciente Estado argentino». *Scripta Nova* 51. Barcelona.
2000a «Domingo F. Sarmiento en el debate argentino y chileno sobre los pueblos indígenas del sur (1841-1856)». *Revista de Estudios Trasandinos* 4: 39-62. Santiago de Chile. (<http://www.geocities.com/estrasandinos/articulos/articulo02/articulo201.htm> y <http://www.kanslis.lu.se/latinam/virtual/virtual11.htm>)
2000b «La mirada de la 'vanguardia capitalista' sobre la frontera pampeano-patagónica: Darwin (1833-1834), Mac Cann (1847), Burmeister (1857)». *Saber y Tiempo* 10: 111-146. Buenos Aires.
2003a «Córdoba y Malaspina: antropología y política ilustrada en Patagonia y Tierra del Fuego». *Revista Española de Antropología Americana* 33: 231-251.
2003b «La invención de la Patagonia en el siglo XIX: estrategias políticas e ideas científicas», en *51° Congreso Internacional de Americanistas*, Simposio A-22: Método y conceptos en los orígenes de la Antropología, Europa y América, siglos XV a XIX. (CD-ROM)
2004e.p. «William H. Hudson en la naturaleza patagónica: último viajero científico y primer turista posmoderno». *Theomai*. Quilmes.
- ORBIGNY, Alcide Dessalines d'
1944 *El hombre americano, Considerado en sus aspectos fisiológicos y morales*. Buenos Aires: Futuro.
1945 *Viaje a la América Meridional*. Buenos Aires: Futuro.
- PESET, José Luis
1983 *Ciencia y marginación, Sobre negros, locos y criminales*. Barcelona: Crítica.

PESTRE, Dominique

1995 «Pour une histoire sociale et culturelle des sciences. Nouvelles définitions, nouveaux objets, nouvelles pratiques». *Annales* 50(3). París.

PRATT, Mary Louise

1992 *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

QUIJADA, Mónica

1994 «¿Qué nación? Dinámicas y dicotomías de la nación en el imaginario hispanoamericano del siglo XIX», en *Imaginar la Nación*, F.X. Guerra y M. Quijada, coords., pp. 15-51. Cuadernos de Historia Latinoamericana, 2. Münster-Hamburg: AHILA.

SAGUIER, Eduardo

1991 «Transformación del Estado colonial. Un balance de la cuestión rioplatense». *Iberoamericana. Nordic Journal of Latin American Studies* 21 (1-2). Estocolmo.

SEBRELI, Juan José

1991 *El asedio a la modernidad*. Buenos Aires: Sudamericana.

ZAPATER, Horacio

1949 «D'Orbigny y la clasificación del aborigen sudamericano». *Anales del Instituto Ético Nacional* 2. Buenos Aires.

